

Juan Cruz Ruiz

SECRETO Y PASIÓN DE LA LITERATURA

Los escritores en primera persona,
de Borges a Almudena Grandes



JUAN CRUZ RUIZ
SECRETO Y PASIÓN DE LA LITERATURA
Los escritores en primera persona,
de Borges a Almudena Grandes

TUSQUETS
LIBROS

Unos recuerdos	13
Jorge Luis Borges y el encargo de Juan Cueto	23
Aquel jardín. Recuerdo de Jorge Semprún	33
Tres maestros	43
Ímpetu, convicción e incertidumbre:	
Conversación con Luis Landero	51
Y Kodama mandó a parar	69
Ojalá el mundo fuera por escrito:	
Conversación con Bárbara Blasco	73
Despedidas	87
Autorretrato del autor de <i>Soldados de Salamina</i> :	
Conversación con Javier Cercas	103
Retorno a Cortázar	121
Lo vivido está vivido:	
Conversación con Eduardo Mendicutti	125
Günter Grass: todo el presente en tres líneas	131
Virtudes de la literatura peligrosa:	
Conversación con Antonio Orejudo	141
Contra el dios abyecto que intenta usurpar el futuro:	
Evocación de José Manuel Caballero Bonald	157
Sergio Ramírez mirando la estantería	
y una autobiografía en Nueva York	173
Memoria de Paco Uriz (en torno a Gabo)	181
La escritura es un viaje, una aventura:	
Conversación con Cristina Fernández Cubas	187
Un recuerdo eterno	201
Una relación larga y muy especial:	
Conversación con Leonardo Padura	215

Guillermo, y Miriam, naturalmente	227
La risa en la alta sierra:	
Conversación con Rafael Reig.	231
Fe de erratas.	243
El novelista en el espejo:	
Conversación con Fernando Aramburu	261
Gabo y Mario. Dos gallos frente a frente.	277
Almudena Grandes, el pan y la calma.	305
Un manifiesto	339
Suena <i>Cinema Paradiso</i>	369

Jorge Luis Borges y el encargo de Juan Cueto

Jorge Luis Borges bajó a tierra y se fue a alojar en el hotel Palace de Madrid en unos días en que su mujer, María Kodama, no podía atenderlo.

Entonces Javier Pradera, su editor en España, compañero mío en *El País*, uno de los maestros de aquel tiempo, pensó que la mejor manera de pasear por Madrid a aquel ciego ilustre, cuya obra era ya parte de lo mejor del siglo xx, era ponerlo en mis manos.

En aquel momento yo ya era el padre de Eva, una niña que se entretenía sola, mirando, y estaba casado con Pilar, periodista como yo. Con Fernando Delgado, nuestro mejor amigo, hicimos ese viaje de noche con el ciego más importante, todavía, de la historia literaria en español.

En el momento en que Javier Pradera me hizo el encargo, para el día siguiente, estábamos en la casa de un amigo común, José Luis Fajardo, y de su mujer, Piluca Navarro. Estábamos cenando con el joven Pedro Almodóvar; él había ido a llevar entradas de una de sus primeras películas a Guillermo Cabrera Infante y a la mujer de este, la actriz Miriam Gómez.

Era 1983 y España estrenaba todas las posibilidades del futuro, era un país que no se acostaba temprano, en el que, a pesar de que no había otra cosa que los viejos teléfonos, estábamos todo el día comunicándonos. Por eso sabía Pradera que en algún momento yo iba a responder, desde donde fuera, a su requerimiento. También estaba seguro de que la respuesta sería que sí, que al día siguiente nos ocuparíamos de Borges, fuera como fuera el plan.

Borges estaba alojado en el hotel Palace, donde unos años antes tuve ocasión de entrevistar, seguidos, a Francis Ford Coppola y a Susan Sontag, uno normal como la vida y la otra más engreída que la fama. En ese hotel, quizá el mejor de Madrid, el menos arrogante, Borges nos estaba esperando con la compañía, como un amparo, de su bastón, dispuesto a viajar por la ciudad con unos desconocidos que iban con una niña y con un amigo, Fernando Delgado, a un destino que él solo conocería porque le dimos el nombre. Era un ciego confiado, un amigo inmediato, una persona cuya risa era de verdad, como su ceguera, aunque luego supimos que algo de ver tenía, y esa era su imaginación que lo tenía en vilo.

Confiado a la vida que le diéramos, lo sentamos en el asiento contiguo a la conductora, que era Pilar, y él, aquel viejo que hacía que la naturalidad fuera su divisa, se dispuso a contar, por ejemplo, la razón por la que amaba Islandia. Por esa vía empezó cantando en el idioma islandés y a hablar, era también su pasión, de su afición a buscar coincidencias.

En este caso, le resultó apasionante que entre los distintos apellidos de cada uno de nosotros hubiera un *Acevedo* y un *Borges*, que son sus apellidos más famosos. Su regocijo le llevó a muchos anecdóticos. Su única manera de reflejar prevención, un anciano debía estar prevenido de esta compañía inesperada, era agarrándose al salpicadero del coche hasta que este emitía el ritmo de parado.

En el restaurante siguió hablando, feliz de escuchar el tenor de la carta, que le satisfizo agradablemente porque incluía en el menú de la noche su plato favorito: vichyssoise. Era evidente que un plato tan diluido debía ser tomado con alguna ayuda ajena; un ciego es, sobre todo, un dependiente sin remedio, y él se sometía a ese hecho con la alegría del que aún no sabe que eso es algo que lo debería retener en casa, sobre todo si quieres ingerir ese brebaje.

Borges era, ya se sabe, todo el mundo lo sabe, un cosmopolita que en ningún momento se quejó de su lugar incierto, dependiente, en la tierra, y tampoco fue difícil darle de comer aquel líquido que parecía cocinado precisamente en su contra.

Del mismo modo que fuimos cantando, regresamos al hotel también buscando que él tuviera razones, argumentos, para la alegría. Al día siguiente fui en su busca otra vez, Kodama se reincorporaba, después de aquel viaje a Córdoba, a su custodia, pero ya había que preparar las maletas, porque el viaje seguiría, quizá a Suiza, a algún lugar de Europa, seguro, adonde se dirigiría con la misma prestancia con que, se supo pronto, se subía, ciego en el aire, a un globo en California...

Me tocó ayudarlo con las maletas, y ahí estuvo Borges como jefe del ayudante. Mario Vargas Llosa me había contado que una vez que estuvo Borges en su casa de Lima sintió que debía ir al baño, y le pidió al colega peruano que lo acompañara a guiarlo en la tarea. Cuando ya estaba el tiro logrado, le dijo el ciego al vidente: «Así que ahora es usted mi capitán».

Y reía, imagino. Borges reía con aquella risa que parecía la de un muchacho tímido en casa ajena. Yo no tuve que cumplir con menesteres así, pero sí cumplí sus órdenes como el maletero que fui en ese momento en el Palace. Me dijo, en órdenes que no me imagino en batutas como las de Susan Sontag, que debía tener mucho cuidado con las camisas, todas ellas tan bien planchadas como lo que se ve en las fotografías de sus trajes, su corbata, sus uñas limpiísimas, su risa involuntaria, marcada por la ceguera, su confianza en el cuidado ajeno, su sentido del humor, ciego feliz en cualquier parte y también en el raro depósito de un globo... Me dijo, pues, Borges: «Tenga cuidado con las camisas, déjelas respirar, procure para ellas unas rendijitas».

Luego bajamos, él con su bastón y su risa, y me guio a ciegas a un sitio que consideraba sagrado entre todos los que él mismo ya había transitado en otros paseos por el Palace. No le pregunté nunca de dónde sacaba esta sabiduría del hotel por dentro, porque viajar con él, aunque fuera en estas humildes circunstancias, en un sitio tan encerrado, tan discreto, requería por mi parte (imaginé) cierta condescendencia con relación a las sorpresas a las que se sometía.

En un momento determinado de ese episodio de Borges andando ciego en un lugar tan hermoso, tan sonoro para él, un ser humano tan expuesto a la calidad de las sombras, me pidió

que me sentara en ese sitio preciso. ¿Aquí, Borges?, le pregunté. «Aquí, exactamente aquí, y siéntese conmigo, que usted también lo va a ver.»

Nos sentamos los dos, él con su bastón bien firme en sus dos manos, su traje impecable, su mirada como arbitraria fijándose en lo más alto de la cúpula, tan feliz diciendo: «¿Lo ve usted? ¿Se da cuenta?». Él ya lo había visto, y me lo contaba: «Este es el sitio donde mejor se ve el techo del mundo, y fíjese que no es el mundo sino el techo, pero si usted mira bien cualquier cosa que tenga techo es cielo también».

Sentí que él, además de ciego y habituado a escuchar para saber de qué color son los sonidos que emite el mundo, en los hoteles, en los aviones o en el silencio, tenía que quedarse solo escuchando. Era un ciego escuchando. Hasta que dio por concluido ese placer en concreto, y entonces empezamos a hablar. De cualquier cosa.

Conocí allí, ya digo, a gente como Susan Sontag o como Gabriel García Márquez, o a Carmen Balcells, a Carlos Fuentes, sobre todo; allí Mario Vargas Llosa me dijo que se quería casar con la editorial que yo dirigía; en ese hotel conocí o traté a Octavio Paz, que era el más cotilla de todos los que vi aquí, en este sitio preparé trabajos con Arturo Pérez-Reverte cuando fui editor, o ayudé a crear un premio, el Alfaguara, cuando el jurado tenía a alguno de los citados y, por ejemplo, a Tomás Eloy Martínez o a Rosa Regàs y a Rafael Azcona...

A mucha más gente conocí en ese hotel (estuve en él, por ejemplo, promoviendo las memorias de Margaret Thatcher, y además con ella, qué personaje), pero es muy difícil que encuentre, ni entre ellos ni con otros, a alguien tan peculiar como Borges, tan imprescindible en la memoria que uno guarda de lo insólito que es a veces estar con otro, sea ciego o mirando de veras con sus ojos intactos... Borges es único, fue único, lo es en mi memoria, un hombre cantando y la soledad de sus ojos...

El tiempo de espera, por Kodama, por quienes lo fueran a buscar, dio de sí para que habláramos de lo que él quisiera. No escribía entonces, no lo hacía habitualmente, ya dije, para el periódico en el que trabajaba, *El País*; aquel encargo de Pradera

se circunscribía a estar con Borges, yo no iba a entrevistarle, pero cómo no hacerle preguntas, como no intentar una entrevista...

No lo fue, no fue una entrevista, pero como había conversación, la hubo, un día me dijo Juan Cueto, admirable señor de la vida, que conoció a Borges cuando este viajó por el norte de España con Miriam Gómez y con Guillermo Cabrera Infante, que recordara lo que estuvimos hablando, más allá o más acá de las viandas de la noche en el Bodegón, que así se llamaba aquel lugar en el que el viejo amigo pidió vichyssoise...

Hicimos la entrevista, y a la vez la entrevista fue un sueño que Borges le regaló a las preguntas.

Aquella entrevista fue la más surreal, es decir, la más extraña, la entrevista más mejorada por su autor, que hice en mi vida. La perdí, en algún sitio de las estanterías se fue perdiendo, como si me persiguiera el silencio sideral de la muerte del protagonista, que murió poco tiempo después, en Ginebra, ciudad a la que tanto quería. La publicó Juan Cueto en la mejor revista literaria de entonces, *Cuadernos del Norte*, con un tino que lo convirtió a él, y a la revista, en el mejor testimonio de una España que se quería asomar al mundo nuevo, al de nuestra propia posguerra, con una modernidad que el franquismo había tapiado. Juan Cueto era el más moderno de la época, y lo siguió siendo, puso en marcha la televisión más audaz, desde su casa extravagante en Asturias conectada con los grandes escritores europeos de ese tiempo, era amigo de Umberto Eco y de muchos más, y era más inteligente que la época. Una persona fenomenal, además, que siempre decía *sí* con la cabeza, como hacía Fernando Fernán Gómez, para enseguida quitarte la razón, pues él tenía saberes que desmentían el lugar común y acentuaban la necesidad de la fantasía. Todos los sábados lo llamaba a mediodía (hacía lo mismo con Manuel Vicent, con Vicente Verdú y con Rafael Azcona) para renovar mis conocimientos, o mis dudas, y siempre estaba él (estaban los otros también) con su fábrica de ideas (para el periódico, para los libros, para la conversación) dispuesta a ayudar a que la época, lo que se publicaba en la época, fuera imaginativo o distinto.

Fue en uno de esos encuentros cuando le conté las cosas

que me fue diciendo Borges en los ratos libres de aquel encuentro. Juan le puso orden a los descubrimientos, de modo que cuando terminé de decirle empezó a recitar de memoria lo que él mismo había escuchado de mi voz, y entonces me dio el título, me sugirió el comienzo y poco a poco me fue diciendo hasta el ritmo que debía tener, contado, aquel cuento que Borges había estado conformando conmigo. «Porque eso es un cuento que Borges te iba contando», decía Juan. Él le puso el título, «Jorge Luis Borges, con el alma sin banderas», porque esa era una pasión de Cueto, quitarles las banderas a las naciones de todo el mundo, hacer una sociedad sin banderas, y de hecho antes de ir a ver al maestro argentino eso me había dicho, sin hablar todavía ni de la entrevista ni de otra cosa que de las ganas que él mismo tenía de conocerlo... Y de hecho lo conoció después, con Cabrera Infante: Borges, Kodama, Juan y Guillermo viajando por la cornisa cantábrica, Borges había tenido un accidente con la dentadura, hasta tal punto que no podía expresarse bien. Cabrera lo contaba con mucha gracia, lo más sobresaliente de todo aquel accidente dental del poeta fue que alguien lo puso delante de un micrófono para que dijera cualquier cosa, y en lo que muchos entendieron que dijo «estoy conmovido», en realidad Borges había dicho «estoy muy jodido»...

Antes de irme por las ramas estaba hablándoles de lo que surgió de la conversación con Borges y de lo que Cueto me dijo que hiciera con ello, «¡escríbelo!»... Juan publicó la charla, que era un montón de añadidos de las cosas que nos dijimos, le puso aquel título, «Con el alma sin banderas», y la adornó con algunas fotografías, una de las cuales, de dónde la sacaría, era, decía el pie, «Borges en la época de la publicación de *Fervor de Buenos Aires*»... Lo cierto es que fue publicada, yo la guardé, murió Borges, pasó el tiempo y el tiempo, precisamente, perdió el ejemplar, que finalmente, cuando estaba poniendo en orden este libro, me fue restituido por el azar gallego, pues fue el editor Eduardo Riestra quien me la envió en fotocopia... Como quizá ya nadie la busque, o la encuentre, algunas cosas diré aquí de lo que le pregunté y me dijo, asomado al bastón, su modo de hablar sobre el bastón, como si este fuera una forma de su sintaxis.

Borges, me gustaría preguntarle por las banderas.

¿Por qué no me pregunta por algo más concreto?... ¿Sabe usted de dónde es este bastón?

No lo sé.

No lo sabe. Adivínelo, pues.

Puede ser de Japón.

No. Este bastón no es de Japón, me parece que no adivina.

¿Es de China?

Justamente...

Asintió, y pasó a otro tema, como quien lee el periódico. Miraba al aire, como si buscara un mundo imposible de moscas en medio de un universo en el que no era imposible la luz. Le dije:

Borges, qué joven está usted, qué luminoso su traje.

No sé de mi traje; todo me lo elige María, hasta las corbatas. ¿Qué traje tengo?

Todo muy bien entonado. Especialmente la corbata. La corbata va muy bien entonada con el traje.

Me alegra que sea tan precisa.

Juega con ventaja. Usted está muy joven.

Dante dice «*nel mezzo del cammin di nostra vita...*». Yo creo que hay una triple edad, una termina en los treinta y cinco años. A los treinta y cinco años yo quería llegar a los cuarenta. Quizá es que entonces ya era viejo. Pero, bueno, qué más da la edad. Mi padre murió en 1938, cuando se suicidó Lugones.

¿Y usted qué hacía para ganarse la vida cuando aún no tenía cuarenta?

Trabajaba en una pequeña biblioteca, escribía. Tenía dificultades para publicar, me rechazaba todo el mundo: *La Esfera*, *La Nación*, *Madrid*, *The New York Times*... Todos me rechazaban...

El viejo poeta hablaba, anoté entonces, sin puntos ni comas, obsesivamente, pasando de un tema a otro, sin cesuras, como si estuviera solo, mirando solo y hacia dentro, bajo el poder enorme de las luces incontroladas de la habitación, hasta el punto de que de inmediato me dijo esto: «Haga el favor de cerrarme la luz cuando salga. No deje la luz abierta, que nadie la va a ver».

Sus ojos miraban a las arañas, para él inexistentes, de la habitación despoblada; una maleta estaba abierta, azul celeste; él la llamaba *la celeste*, lo tiene apuntado María, y yo le pregunté quizá lo más inconveniente que he preguntado en mi vida a ninguno de mis entrevistados. He aquí también su respuesta:

Borges, esto de no ver es una forma de soledad.

La ceguera está diluida por el recuerdo.

Sí, algunas cosas no podrán ser sustituidas por el tacto.

Me gustaría tanto poder ojear un libro... He perdido dos de los colores, el negro y el rojo. El mundo es, para mi suerte, de cierta neblina neblinosa.

Algún color habrá que distinga más.

Sí. El blanco se define. Gracias al blanco ahora no estoy nunca en la oscuridad.

Esto escribí: mira hacia ti con indiferencia: te hace el favor de simular verte. Luego se despegas de ti y se fija en el plato blanco. Tampoco lo ve pero, con justicia, le dedica más atención. Años después estuve en la biblioteca donde trabajó, joven y ciego ya, la biblioteca Cané, de Buenos Aires. Delante de sus ojos había una pared vacía: no necesitaba más para saber lo escrito.

¿Cómo controla lo que lee, Borges?

Son fieles lectores. Vienen a casa y me leen. Leen mis ensayos. María discute mucho conmigo lo que escribo. Me gusta mucho que me discutan lo que escribo.

Salieron los Nobel en la conversación. Algunos premios fueron justos, dijo: Kipling, Faulkner, Neruda. Le pareció, porque le pregunté, que el premio a Gabriela Mistral no fue justo porque su literatura «no concuerda con la escritura latinoamericana...». Le pareció bien el premio a Vicente Aleixandre, y de Juan Ramón Jiménez dijo que era «un gran poeta». Surgió el nombre de Graham Greene, pero no abundó en él porque con ese escritor inglés había tenido «un encuentro desagradable».

Y usted, en Buenos Aires, ¿con quién se ve?

Conozco a algunos escritores. Pertenezco a la Academia, pero no voy.

¿Tampoco ve a los contemporáneos?

Yo no tengo contemporáneos.

Ahora acaba de tener un premio en Italia.

Me eligieron. Increíblemente. Yo todos esos premios se los debo a Suecia. Es una asociación de ideas la que tienen. Piensan en Suecia y les sale Borges.

El premio era por la actividad filológica, tan incesante, le dije, y le pregunté en qué descubrimientos estaba ahora al respecto. Siguió hablando: «Las raíces: tantas palabras, como ventana, o cualquier otra, que proceden del latín: todo procede del latín o del griego». Le trajeron pan en la cena:

Rico el pan. El pan en Inglaterra es malo. Es mejor en Estados Unidos. Pero lo empeoran uniéndolo a las hamburguesas, esa comida terrible...

Usted sí que es un privilegiado, con esa carne argentina.

A esa estupidez mía no respondió, se limitó a decir: «Nos la hacían comer tres veces al día... La filología siempre fue una obsesión. ¿No es hermoso que pan y jabón se digan en Japón más o menos como en España... Los portugueses decían *xa-*

bón, y con esa palabra fueron por el mundo, y llegaron a Japón».

En la comida pidió un plátano, no una banana, se refirió a los distintos modos de llamar a la luna, por alguna razón dejó sin explicar esta frase suya «La mujer es más importante que el hombre», pero le gustó deletrear este hallazgo, que «Bungalow, ¿ve qué fácil?, significa casa hecha al estilo de Bengala» o esto otro: «Voltaire lo dijo: las vocales no cuentan y las consonantes muy poco», o: «Andalucía viene de los vándalos, el Mar de los Vándalos».

Habló de más cosas. Decía:

Lengua, poesía fósil. Náusea, *Navis*, mareo de mar. Window: ojo del viento. Margarita, Daysi, ojo del día. Pérez Galdós se hizo madrileño, No soy católico, Me gustan las peleas de gallo porque a los gallos les gustan mucho. Es como un frenesí. Con las frases que me atribuyen se podrían hacer mis obras completas. ¿Por qué me meto con Lorca? ¿Y por qué no me meto con Lorca? Con Cervantes nunca me meto. Alguien impertinente vino a mi casa, no le gustó. Yo le dije: «Usted está en ella cinco minutos y yo llevo en ella la vida entera: no se queje». Me dijo (era mexicano): «Octavio Paz no vive así». Le dije: «Modestamente, yo soy Borges».

Cuando ya nos despedíamos apunté, para decírselo a Cueto, algo más de lo que no había anotado: «Yo me he llamado Beethoven alguna vez. Yo prefiero no ir a los congresos. Acepto ácidamente, con toda evidencia. Mi abuela, siendo jovencita, asistió a la lectura de un capítulo de Dickens, por Dickens. Cambiaba de entonación y de cara».

Esto puse al final del texto que luego Cueto publicó (con fotos, en otras páginas estaba ya Borges acostumbrado a la vejez y, en otra de 1961, resignado a ser Borges en una visita a la Universidad de Texas). Ahí está con los brazos cruzados, tan pensativo como los ciegos callados. Esto puse, pues:

Ahí se pierde el rastro. Lo otro es lo otro.

Fue un inolvidable regalo de Juan Cueto, y me daba rabia que ya no se encontrara en ningún sitio.